

CAPÍTULO IX

El príncipe Carlos

DE 1545 Á 1558

Por qué interesa tanto la historia de este príncipe.—Fábulas con que se la ha desfigurado.—Su nacimiento y educación.—Su carácter, genio y costumbres.—Si tuvo y pudo tener las intimidades que se han supuesto con la reina.—Casamiento de Felipe II con Isabel de Valois.—Juramento del príncipe en las cortes de Toledo.—Falta de salud de don Carlos.—Proyecta su padre enviarle á una ciudad de la costa.—Le envía por último á Alcalá.—Caída fatal del príncipe.—Peligro de muerte en que se vió.—Su restablecimiento.—Cómo quedó su cerebro.—Testamento del príncipe: cláusulas notables.—Atentados y desmanes que cometió.—Quiere asesinar al duque de Alba.—Intenta fugarse á Flandes.—Proyecta despues marcharse á Alemania.—Decreta y ejecuta el rey el arresto de su hijo.—Circunstancias de la prision.—Severidad con que era guardado y vigilado.—Cartas de Felipe II dando parte de la reclusion del príncipe.—Proceso de don Carlos.—Discúrrase sobre las causas de su prision.—Lo que resultaba del proceso.—Entereza y severidad del rey.—Loca y desarreglada conducta del príncipe en la prision.—Enfermedad que le producen sus desórdenes.—Muerte de Carlos.—Falsedades y errores que acerca de ella se han escrito.—Juicio del autor sobre este suceso.—Muerte de la reina Isabel de Valois.—Sentimiento del rey.

La prematura y desgraciada muerte de este príncipe, y los novelescos incidentes que sobre su prision y sobre las causas que la motivaron han inventado historiadores extranjeros, de no escasa nota por otra parte, han dado al hijo primogénito de Felipe II cierta celebridad histórica que de otro modo no hubiera tenido nunca, y nos obliga á hacer en este capítulo mas oficio de biógrafos que de historiadores, precisamente con quien no habia hecho los mayores merecimientos para ello. Es, sin embargo, innegable que todo lo que se refiere al príncipe Carlos excita cierta curiosidad y se oye ó lee hasta con avidez, por lo mismo que sobre su carácter se han hecho tan diversos y aun encontrados juicios, y que algunos lances de su vida quedaron envueltos en el velo del misterio. Que es natural tendencia del genio humano desdenar lo conocido, y afanarse por penetrar en lo hondo de los arcanos.

El hecho poco comun de aprisionar un rey á su propio hijo, y formarle proceso y sentenciarle como criminal; la reserva y misterio que rodeaba comunmente las acciones de Felipe II, y mas en un caso tan delicado y grave como este; el interés que excitaba entonces en Europa todo lo que acontecia en España, ya por el carácter especial del soberano que ocupaba el trono, ya por el influjo y la trascendencia que ejercia en todos los demás países; lo extraordinario del suceso; las diferentes versiones que el espíritu de partido estaba dispuesto á dar á los actos de Felipe II segun las ideas y las pasiones que en aquel tiempo dominaban, todo ofreció ocasion oportuna á escritores apasionados, y á forjadores de dramas y de novelas, para dar suelta á su imaginación y desfigurar á su placer el carácter y las acciones de don Carlos, y los motivos y circunstancias de su prision y muerte. Y cuando los poetas y novelistas han tomado por su cuenta á un personaje histórico, dejan siempre por herencia al historiador la ingrata, difícil y

imperiales en todas las empresas de Africa; que hizo otros viajes por mar y por tierra, y visitó muchos reinos y países de Africa y Asia; versado igualmente en las historias latinas, griegas, árabes y vulgares; comisario y ordenador que fué de ejército; de familia noble tambien, aunque él solamente se titula *andante en corte*, dió mucha mas latitud á su obra titulada: *Historia del Rebelion y castigo de los moriscos de Granada*; es como el desarrollo, el cuadro completo de lo que Mendoza habia hecho un diseño. Minucioso y prolijo en el relato de los pormenores de los sucesos, como un testigo de sus circunstancias, sabe darles el interés de quien pinta lo que ha visto. Su narracion es clara, el lenguaje puro en general, los períodos á veces demasiado prolongados, y abunda en documentos importantes y curiosos.

El conde Alberto de Circourt, que ha escrito en nuestros dias la *Historia de los Moros mudéjares y de los Moriscos de España*, se ve que ha seguido generalmente á Mármol, aunque á veces se desvia de él, anteponiendo ó posponiendo algunos sucesos, y ha tomado tambien algunas noticias de Bleda, de Perez de Hita y de Peraza, Antigüedades eclesiásticas de Sevilla, que no añaden interés particular á las que suministran los dos principales historiadores antes mencionados.

pesada tarea de segregar la parte verdadera y cierta, por lo comun seca y árida, del oropel y de los adornos con que la fábula los haya engalanado. Sucede al historiador en casos tales lo que al médico, á quien es mas trabajos y difícil hallar remedio á una enfermedad agravada por medicamentos inoportuna é inconvenientemente aplicados antes por otro, que corregir un vicio de la naturaleza, remediar un trastorno de las funciones naturales en que otro no haya puesto todavia la mano.

Nosotros vamos á exponer con nuestro acostumbrado desapasionamiento lo que acerca de este príncipe tenemos ya por averiguado y cierto, y lo que nos parece todavia problemático y dudoso.

El príncipe Carlos, primogénito de Felipe II y de su primera esposa la princesa doña Maria de Portugal, nació en Valladolid, á 8 de julio de 1545, y á los pocos dias descendió á la tumba la bella y jóven princesa que acababa de darle á luz, segun en otra parte dejamos contado, cambiándose en tristeza y luto para Felipe y para el pueblo español las fiestas y regocijos con que la España acostumbra á solemnizar los nacimientos de sus príncipes. Aunque Felipe procuró rodear á su hijo de ayos y maestros que le educaran y dirigieran en sus primeros años, no pudo cuidar personalmente de su educacion por las ausencias que tuvo que hacer á Inglaterra, Flandes y Alemania. Mucho menos pudo educarle ni formar su corazon su abuelo Carlos V, como con increíble ligereza afirman algunos historiadores, siendo tan sabido que el emperador, casi desde que nació su nieto, estaba tan léjos de España, que cuando vino le halló ya en edad de cerca de trece años. Crióse, pues, el príncipe bajo la inspeccion de los archiduques Maximiliano y Maria, y de la princesa doña Juana de Portugal, su tia paterna, regentes y gobernadores del reino durante las ausencias de su abuelo y de su padre.

Desde sus primeros años comenzó el príncipe á descubrir sus malas inclinaciones, su índole aviesa, su genio impetuoso y violento, su tendencia á la crueldad, citándose entre otras señales de su natural feroz la complacencia y fruicion que tenia en degollar por su mano los gazapillos que le traian vivos de la caza, gustando de verlos palpar y morir (1). De lo cual auguró mal el embajador de Venecia, trayendo á la memoria el juicio que en otro tiempo hicieron los miembros del Areopago de Atenas de aquel niño que sacaba los ojos á las codornices. La blandura y las consideraciones que acaso guardaron con él, así los reyes de Bohemia Maximiliano y Maria, como la princesa viuda de Portugal, no atreviéndose á tratarle y corregirle con la severidad que hubiera podido hacerlo un padre, fué tal vez una de las causas de que se viciara mas, en vez de modificarse y mejorar, su carácter y condicion.

Indudablemente su padre hizo cuanto en ausencia podia hacer para la buena educacion é instruccion de su hijo, poniendo á su lado ayos y maestros tan ilustrados y virtuosos como don Garcia de Toledo, hermano del duque de Alba, y como Honorato Juan, uno de los mejores humanistas de su siglo (2), y estos por su parte se consagraron á su enseñanza

(1) En describir así su carácter é inclinaciones convienen los mas antiguos y mas acreditados historiadores españoles, y los extranjeros mejor informados y de mas autoridad. Véanse, Cabrera, *Historia de Felipe II*, libro V; Salazar de Mendoza, *Dignidades de Castilla*, lib. IV; Lorenzo Vander Hammen y Leon, *Historia de don Juan de Austria*; Llorente, *Historia de la Inquisicion*, tom. VI (edicion de Barcelona), cap. 31; Estrada, *Guerras de Flandes*, Déc. I, lib. VII.

De esto al jóven virtuoso, al completo y cumplido caballero, al príncipe perfecto de cuerpo y alma como le representan los novelistas y poetas extranjeros, tales como el Abad de San Real, Mercier, Langle, Schiller en su tragedia *Don Carlos*, y otros, el lector comprenderá la enorme diferencia, y de esto solo podrá deducir cuánto se ha intentado desfigurar la verdad de la historia. Dice muy bien el ilustrado San Miguel en su moderna *Historia de Felipe II* que á ser ciertas las virtudes que el célebre autor trágico alemán supone en su héroe, no habia lágrimas bastantes con que llorar la muerte de un príncipe tan benemérito y tan desventurado. Pero Schiller hizo un protagonista á su gusto. Por eso no nos cansaríamos de recomendar á los autores de dramas y novelas históricas que por lo menos cuidaran de no adulterar los caracteres de los personajes.

(2) Este Honorato Juan se hizo eclesiástico á los 50 años de edad, y

con la mayor asiduidad y con el mas esmerado y exquisito celo. Mas tambien es fuera de duda para nosotros que el jóven príncipe hacia infructuosos con su desaplicacion é indocilidad los laudables esfuerzos de sus maestros y preceptores. Los novelistas extranjeros que nos le pintan como un jóven de talento, aplicado é instruido, acaso no se hubieran atrevido á retratarle así, si hubieran leído como nosotros los informes que los mismos encargados de su enseñanza daban al rey don Felipe su padre. «En lo demás del estudio y ejercicios (le decia en una de sus cartas don Garcia de Toledo) no va tan adelante como yo querria, no embargante que de todo ello y de las cosas que S. A. debe saber no entiendo que pueda haber mayor cuidado ni diligencia de la que aquí se tiene. Deseo mucho que V. M. fuese servido que el príncipe diese una vuelta por allá para verle, porque entendidos los impedimentos que en su edad tiene, mandase V. M. lo que fuera de su orden... etc. Como veo que con tenerme S. A. el mayor respeto y temor que se pueden pensar no hacen mis palabras ni la disciplina, aunque le escucee mucho, el efecto que debrian, paréceme muy necesario que V. M. lo viese de mas cerca en alguna temporada, sin que fuese de muchos dias, porque cuán diferentemente pueden informar á V. M. del príncipe los que no le miran del lugar y con el cuidado que yo.... (1).»

Y el maestro Honorato Juan, en una de las muchas cartas suyas á Felipe II que pudiéramos citar, le decia: «S. A. está bueno, bendito Dios, y yo hago en sus estudios lo que puedo, y harto mas de lo que otros maestros quizá hicieran y con harto mas trabajo. Pésame que no aproveche tanto esto como yo deseo: la causa de donde yo pienso que esto procede entenderá por ventura V. M. de S. A. algun dia, placiendo á Dios, y lo que con todas estas dificultades, que no han sido pocas ni de poco momento, me he esforzado siempre á servir á V. M. y á S. A. Pésame en el alma que el aprovechamiento de S. A. no sea al respeto de como comenzó y fué los primeros años, que fué el que aquí vieron todos, y allá entendió V. M., especialmente habiéndolo hecho los dias pasados, y teniendo por cierto que esta y otras muchas cosas no se pueden bien remediar hasta la venida de V. M. y hasta que V. M. mismo vea lo que conviene que se haga para el buen asiento de todo ello; y suplico á V. M. me perdone este atrevimiento, y sea servido de mandar romper esta, porque mi intencion es que solo V. M. la lea (2).»

Avisos de esta especie ningun preceptor prudente se resuelve á darlos á un padre, y á un padre que es rey, y á un rey como Felipe II, sino cuando la necesidad los fuerza á ello, y cuando adquieren el convencimiento de que los medios de persuasion y de correccion que un maestro puede emplear no alcanzan á evitar á un padre la amargura de denunciarle un hijo como incorregible. Así, no es extraño, supuesto el carácter severo y adusto de Felipe II, que comenzara á mirar con mas pesadumbre y disgusto que cariño y ternura paternal á un hijo, cuyas cualidades y costumbres eran tan contrarias á las que él deseaba en su heredero, que tan léjos iba de corresponder á sus esperanzas, faltando además la vista frecuente y el trato que engendra ó aviva los afectos entre personas íntimas. Y todos convienen tambien en que su mismo abuelo Carlos V, cuando vió al príncipe en Valladolid á su paso para el monasterio de Yuste (1556), quedó muy poco satisfecho de su conversacion y de sus modales.

La circunstancia de haber estado concertado el casamiento del príncipe Carlos con la princesa Isabel de Valois, hija de Enrique II de Francia, y la de haber despues Felipe II, recién

fué despues obispo de Osma. Su nombramiento de maestro del príncipe fué hecho en 3 de julio de 1554, hallándose Felipe en la Coruña para marchar á Inglaterra.—Con la misma fecha se nombró para servir al príncipe, que iba á estudiar latin, á Fr. Juan de Matienzo. Tenia entonces don Carlos nueve años.

(1) Archivo de Simancas, Estado, leg. núm. 129.—Estas últimas palabras acaso aludian, entre otros, al limosnero Francisco Osorio, que en sus cartas al rey solia lisonjearle diciéndole que el príncipe progresaba en estudio y en virtud cuanto se podia desear. Como este, no dejaria de haber otros cortesanos.

(2) De Valladolid á 30 de octubre de 1558.—Archivo de Simancas, Estado, leg. 129.

TOMO III

viudo de la reina de Inglaterra, elegido para esposa propia, como una de las cláusulas del tratado de paz de Chateau-Cambresis (1559), la misma princesa, prometida antes á su hijo (3), es la fuente de donde los novelistas han querido sacar el origen de todas las desgracias que despues sobrevinieron al príncipe de Asturias. Suponen aquellos que inflamaba ya los corazones de Carlos é Isabel la llama de una mutua pasion amorosa violenta y viva, y esto antes de haberse visto ni conocido sino por retrato. Aun supuesto lo del retrato, de que no hemos hallado rastro ni indicacion, cuanto mas noticia, en ningun documento, el lector discurrirá qué apasionamiento tan fuerte podria haber entre un jóven de trece años y una niña de doce (4) que no se habian visto nunca. El viaje de la princesa á España para realizar su matrimonio con el rey sirvió á aquellos escritores de imaginacion para inventar á su gusto lances amorosos entre los dos supuestos amantes, miradas furtivas, coloquios secretos, desmayos, éxtasis y otras escenas, que segun los datos históricos, es imposible que sucediesen, cuando apenas tuvieron tiempo de verse en el corto viaje de Guadalajara á Toledo que hicieron juntos, y eso sin apartarse el príncipe del lado de su padre y de los caballeros de la corte. Es igualmente inverosímil que la princesa sintiera aquella impresion que suponen de sentimiento, de desagrado y de repugnancia cuando se halló por primera vez á la presencia del rey don Felipe, contemplándose como sacrificada en unirse á un hombre de tanta edad. Los que esto dicen olvidan ó aparentan ignorar que Felipe contaba á aquella sazón de treinta y dos á treinta y tres años: edad que nos parece no era todavia para inspirar aversion á una jóven, y mas yendo unida la idea de que iba á ser reina y esposa del monarca mas poderoso de su tiempo.

Continuando aquellos escritores su tejido de novelescas fábulas, hacen ir á los dos enamorados príncipes al monasterio de Yuste (donde nunca estuvieron), pasear en deliciosa compania por las frondosas alamedas de aquellas huertas, hacerse fogosas declaraciones y protestas de amor, mezcladas con tiernos llantos y suspiros, acordar la manera de mantener en secreto sus relaciones, y por este orden siguieron forjando una serie de aventuras en que envuelven tambien á los principales personajes y damas de la corte, que no concluyen hasta que acabaron las vidas del príncipe y de la reina, y á cuyos amores atribuyen el resentimiento y enojo del rey con su hijo, la causa de su prision y de su desgraciada muerte, y aun la de la reina Isabel, que acacó á los pocos meses de la de Carlos, de cuya coincidencia sacaron tambien deducciones los inventores de la mal forjada novela.

Nada nos seria mas fácil, si la naturaleza de nuestra obra nos permitiera dedicar á ello un tiempo y un espacio que nos diera lástima robar á otros asuntos, que desbaratar con datos históricos todo el edificio sobre este falso cimiento levantado, y aun creemos que bastará lo que luego iremos diciendo para deshacer la novelesca trama. Y esto, no porque tengamos por inverosímil, ni nos parezca extraño ni improbable que entre dos jóvenes príncipes, de pocos y casi iguales años, pudieran nacer afecciones mas ó menos fuertes y vivas, á despecho de los sagrados deberes de esposa y de hijo. Por poco conocidos que fuéramos de la naturaleza y del corazon humano, lamentaríamos la existencia de una pasion que las leyes divinas y humanas hacian criminal, pero no nos maravilláramos de ella; sino que, mientras los fundamentos históricos no vengán en confirmacion del crimen que se imputa ó de la flaqueza que se supone, severos como somos para juzgarlos cuando han existido, lo somos tambien para con los que ligera y arbitrariamente y sin datos ciertos manchan de una manera tan solemne la pureza de una reputacion, tal como la de la reina Isabel de la Paz, á quien los escritores contemporáneos, franceses y españoles, nos representan como ejemplo de virtud, de honestidad y de recato. Así como no nos admiraria si dijeran que el príncipe Carlos, atendido su genio envidioso y atrabiliario y su incontinencia en las pasiones, se habia irrita-

(3) Recuérdese lo que sobre esto dijimos en el cap. I de este mismo libro.

(4) La princesa Isabel habia nacido en 2 de abril de 1546.

do de ver á su padre en posesion de la bella princesa que le habia sido á él prometida; y esto, unido á las reprobaciones paternales, pudo contribuir á que mirara siempre al autor de sus dias con ojeriza y encono.

Sin embargo, en las bodas de Felipe é Isabel (2 de febrero, 1560) fueron padrinos el mismo príncipe Carlos y la princesa doña Juana de Portugal, su tia. A los pocos dias (22 de febrero) fué jurado Carlos solemnemente heredero y sucesor del reino en las c6rtres de Toledo, besándole como tal la mano los grandes y prelados, y prestando á su vez el juramento de guardar los fueros y leyes de Castilla, de conservar la religion cat6lica y mantener el reino en paz y justicia. A esta solemnidad no asisti6 ya la reina Isabel por haber sido atacada de viruelas pocos dias despues de la boda, y el mismo príncipe lo estaba de cuartanas, y se present6 á la ceremonia pálido, macilento y flaco: circunstancias en verdad poco favorables para dar incentivo á la supuesta pasion amorosa. En aquel acto mismo di6 el príncipe muestra de su genio impetuoso y desconsiderado. El duque de Alba, que habia dirigido todo el ceremonial, se habia olvidado, distraido con la multitud de sus atenciones, de besarle la mano, y cuando fué á ejecutarlo, le trat6 el príncipe con tal brusquedad y aspereza, que oblig6 á Felipe á su hijo á dar satisfaccion al duque, con quien, sin embargo, no volvi6 á reconciliarse, tratándole siempre como á enemigo (1).

El humor cuartanario sigui6 molestando al príncipe todo el año siguiente (1561), tanto que sirvi6 de motivo ó de pretexto á su padre para querer alejarle de la corte, á cuyo fin escribi6 á los corregidores de Málaga, Gibraltar y Murcia, para que le informaran si la temperatura de aquellas ciudades seria á propósito para disipar la rebelde enfermedad periódica que le tenia demacrado. De este intento del rey, de que no hemos hallado noticia en ningun historiador, certifican los documentos auténticos que hemos visto (2).

De tal modo tenia extenuado á Carlos aquel mal, dado que fuese aquel solo el que padecía, que tratándose ya en aquel tiempo de casarle con la princesa Ana, hija de sus tios los reyes de Bohemia Maximiliano y María, gobernadores en otro tiempo de España (3), Felipe II crey6 un deber de conciencia diferir aquel casamiento hasta que cesase un padecimiento que le tenia hasta inhabilitado para el matrimonio (4). Determin6, pues, Felipe enviarle, no ya á una ciudad de la costa como habia pensado, sino á Alcalá de Henares, pueblo que por su situacion y por la pureza y salubridad de sus aires podia

(1) Cuaderno de los capítulos de las c6rtres de Toledo de 1560.—Cabrera, Hist. de Felipe II, lib. V, cap. 7.

(2) En la carta al de Gibraltar le decia: «Ya habeis entendido la poca salud que tiene el príncipe mi hijo, y cuánto tiempo ha que le dura la cuartana, lo cual le tiene tan flaco y fatigado que ha parecido á los médicos que mudase de aire, y sería muy conveniente ir á alguna cibdad de la costa de la mar, en que con la templanza del aire podria ser que se le alivie y quite del todo, y porque yo tengo el deseo que debo como padre de verle sano y libre del trabajo que le da esta enfermedad, y querria mucho acertar á enviarle á la parte donde no solo ayudase para ello la templanza del cielo, pero tambien la comodidad del lugar.»—Archivo de Simancas, Estado, leg. 140.

(3) La princesa Ana habia nacido en Cigales, pueblo de Castilla la Vieja, en 1.º de noviembre de 1549.

(4) En marzo de 1562 escribia desde Madrid el secretario del rey á su embajador cerca del rey de Bohemia: «Habiendo entendido lo que Martin de Guzman, embajador de S. M. Cesárea, le ha hablado é instado de nuevo sobre el casamiento del príncipe de España N. S. con la princesa Ana, hija de los Serenísimos reyes de Bohemia, diciendo que ya cesaria el impedimento de la quartana que el príncipe habia tenido, y que le seria al emperador de singular contentamiento tener resoluta respuesta, le ha mandado responder, que Dios sabia si habia cosa en esta vida que él mas deseara, ni de que mas contentamiento pudiese recibir que de ver á su hijo con tal compañía, asi por ser hija de tales padres á quien él ama tanto, como por la observancia y amor de hijo que tiene al emperador: mas que la indisposicion del príncipe se estaba en los mismos términos que por lo pasado, y la flaqueza tan grande que la enfermedad le tenia tan oprimido que no le dejaba medrar en la disposicion, ni mostrar los otros efectos que se requerian á su edad, como el mismo Martin de Guzman lo habia visto y sabia, etc.»—Archivo de Simancas, Estado, leg. 651.—«Excelentes disposiciones para las aventuras amorosas que en este tiempo suponen los forjadores de la novela!

convenir á su restablecimiento, y donde al propio tiempo, libre de la etiqueta de la corte, podria habilitarse algo en el estudio del latin, en que estaba harto atrasado, y distraerse útilmente con el trato de los hombres eminentes de aquella célebre universidad; y para que la mansion se le hiciera mas agradable, envi6 con él á su tio don Juan de Austria y al príncipe de Parma, Alejandro Farnesio, su primo, jóvenes ambos como él, y que podrian hacerle buena compañía (5).

Mas á poco de su permanencia en Alcalá sucedió á don Carlos la desgracia de caer rodando la escalera de su palacio (19 de abril), de que recibió varias contusiones y heridas, que al pronto pareció no ser de gravedad, pero despues se agravaron y le postraron en términos de poner en inminente peligro su vida, de ser necesario hacerle arriesgadas y delicadas operaciones quirúrgicas en el cráneo y en los párpados, y de desesperar ya de su curacion los médicos, al decir de los historiadores (6). Noticioso Felipe II del peligro en que su hijo se hallaba, march6 á Alcalá, y no contento con mandar á todos los prelados y cabildos que hicieran rogativas públicas por su salud, hizo llevar el cuerpo del beato Fr. Diego, religioso lego franciscano, á cuya intercesion se atribuian muchos prodigios, al cual se puso en contacto con el cuerpo del moribundo príncipe, y como desde entonces comenzase este á sentir mejoría, se atribuy6 el restablecimiento de su salud al patrocinio del beato Diego de Alcalá, cuya canonizacion promovió el rey con eficacia desde este suceso (7). Pero convienen los mas acreditados historiadores en que su cerebro qued6 bastante lastimado, notándose desde entonces cierto desorden y trastorno de ideas, que empeor6 su carácter ya harto caprichoso, lo cual se observaba en sus acciones y en sus cartas, en las cuales ó invertia el orden de las frases, ó dejaba incompletos los períodos (8).

A los dos años de esto (1564), hallándose otra vez enfermo en cama, otorg6 su testamento (19 de mayo), ante el escribano de cámara Domingo de Zabala. Ya que de este testamento no hallamos noticia en ninguno de nuestros historiadores, daremos á conocer algunas de sus mas importantes cláusulas. Despues de la protestacion de fe, manda:

1.º Que se le entierre con el hábito de San Francisco en el convento de San Juan de los Reyes de Toledo, sin que se le haga sepulcro de bulto, poniendo solo una lápida de jaspe sin escultura.

2.º Que no se haga túmulo, ni otro gasto supérfluo, y que solo se pongan para todo veinticuatro hachas y cuarenta y ocho velas en los dias de su entierro y cabo de año, y en los demás cuatro hachas á los ángulos de su sepultura.

3.º Que se le digan diez mil misas, y mil anuales perpetuas. Señala para las primeras mil ducados, y para las segundas ciento.

4.º Que se destinen diez mil ducados para rescate de cautivos.

(5) Se equivoca Llorente cuando dice que el príncipe fué á Alcalá estando aun la reina convaleciente de las viruelas. Carlos fué á Alcalá en principios de 1562, y la reina, libre ya de las viruelas, habia asistido á las últimas fiestas de la jura en 1560.

(6) Decimoslo así, porque tenemos á la vista la relacion circunstanciada y minuciosa de su enfermedad desde el 19 de abril hasta el 27 de mayo (Llorente y otros autores equivocaron tambien la fecha de la caída del príncipe), dada por el médico principal y remitida al conde de Luna, embajador del rey cerca del emperador Fernando, así como de los remedios y medicamentos que cada dia se le aplicaban; de ella consta el grave peligro en que se vi6 el príncipe, pero no que llegara el caso de desahuciarle, si bien no es de extrañar que aunque así fuese, no lo confesara el director de su curacion. Sentimos no poder insertar por su mucha extension este curioso documento, que empieza: «Domingo á los 19 de abril á las 12 de mediodia el Príncipe N. S. bajando por una escalera angosta cay6, y di6 en una puerta que estaba cerrada...» Y concluye: «En lo que toca á los párpados de los ojos ha ido tan bien despues que se abrieron (se los habian sajado), que el derecho está ya bueno, y el izquierdo, que es el que siempre estuvo peor, está muy cerca de estar sano.»—Archivo de Simancas, Estado, leg. 651.

(7) En el parte del médico tampoco se hace mencion de este hecho, pero se habla de él expresamente en el testamento del príncipe, de que daremos luego cuenta.

(8) Todos son datos para poder juzgar si era verosímil en tal estado captarse el apasionado amor de una señora discreta y virtuosa.

5.º A Mariana Garcetas, doncella, que al presente se halla en el monasterio de San Juan de la Penitencia, le den, sobre los mil ducados que S. M. habia hecho la merced de mandarle librar, otros dos mil mas si entrare en religion, y si se casare, otros tres mil mas.

Entre otras mandas notables debemos señalar la décimasexta, en que dispone que se haga una renta perpetua de tres mil ducados para don Martin de Córdoba, hermano del conde de Alcaudete, en premio de la brillante defensa de Mazalquivir que hizo en 1563, «por la voluntad que siempre he tenido de hacer bien y merced á los que aventajadamente sirven.»—Y la vigésima, en que ordena que con las rentas que vacaren de las establecidas para pagar sus criados se funde un colegio de frailes franciscanos observantes, dotado de los correspondientes catedráticos, que han de hacer informacion de ser cristianos viejos libres de toda raza de judío, señalando á cada fraile para su alimento dos libras de pan diarias, una libra de carnero para comer y media gallina para cenar, no debiendo estar en él los colegiales mas de diez años.—Declara en la cláusula vigésima octava no tener bienes con que cumplir este testamento, pero espera que su señor padre le mandará cumplir.

Nombra testamentarios, al rey; á don Fernando Valdés, arzobispo de Sevilla, inquisidor general; á don Honorato Juan, su maestro; al P. Fr. Diego de Chaves, su confesor; á don Cristóbal de Rojas, obispo de Córdoba; á don Pedro Ponce de Leon, obispo de Plasencia; á don Pedro Gasca, obispo de Sigüenza; á Ruy Gomez de Silva, sumiller de Corps, su camarero mayor; al regente Juan de Figueroa, presidente de Ordenes; á Luis Quijada, su caballero; al secretario Francisco Eraso; al licenciado Vaca de Castro, del Consejo Real; al licenciado Otalora, que fué y quiso dejar de ser del Consejo Real de la Inquisicion, de la cámara y hacienda, y al doctor Hernan Suarez de Toledo, alcalde de casa y corte (1).

A juzgar por los sentimientos consignados en este testamento, el príncipe Carlos aparecia un joven esencialmente católico, piadoso y morigerado. Mas como tales sentimientos se hallen en contradiccion con su vida anterior y con su posterior conducta, nos inclinamos á creer que seria inspiracion y tal vez obra de su confesor Fr. Diego de Chaves, y que él suscribiera en momentos á propósito para que el confesor ú otra persona allegada ejerciera el sano influjo de la piedad religiosa.

Por lo demás, el comportamiento de Carlos despues de este tiempo fué mucho mas desatentado, y mucho mayores sus desmanes y excesos que lo habian sido antes. Si antes habia acometido é intentado golpear á su ayo don García de Toledo, lo cual oblig6 á Felipe II á admitirle la renuncia que con tal motivo y temeroso de nuevos lances hizo don García de su cargo, nombrando en su lugar á Ruy Gomez de Silva, príncipe de Eboli, no fué despues mas respetuoso ni comedido con Ruy Gomez, á pesar de su dignidad y de sus años. Su carácter colérico parecia no reconocer freno. Vuelto á Madrid, como el presidente del Consejo de Castilla don Diego de Espinosa hubiese desterrado al cómico Cisneros en ocasion que se preparaba á representar una comedia en el cuarto del príncipe,

(1) Archivo de Simancas, Testamentos y codicilos reales, leg. número 2.—El testamento tiene diez hojas de vitela, tamaño de pliego, la primera en blanco, y las nueve restantes útiles. Todas las páginas llevan abajo la firma del príncipe, que escribia muy mal, y las letras son, valiéndonos de una comparacion vulgar, como garbanzos. Despues de firmado añadió hasta otras siete disposiciones, entre las cuales fué la primera agregar al número de los testamentarios al obispo de Badajoz don Diego Covarrubias y Leiva.

Hay tambien de notable en dicho testamento que al recomendar que se procurara la canonizacion del beato Fr. Diego de Alcalá, á cuyo contacto habia debido su mejoría en 1562, dice estas palabras: «Porque estando en la dicha enfermedad desahuciado de los médicos y dejado del Rey mi padre, fué traído el cuerpo de dicho padre llamado Santo Fr. Diego, etc.» La frase y dejado del Rey mi padre, no sabemos qué puede significar, cuando afirman todos los historiadores que el rey don Felipe march6 á Alcalá tan pronto como supo el peligro en que se hallaba la vida de su hijo.

Se equivocan los que dicen que el príncipe hizo su testamento en la prision poco antes de morir.

irrit6se este al extremo de ir á buscar al presidente con un puñal en la mano, y encontrándole, despues de insultarle, le dijo: «Curilla, ¿á mí os atreveis vos, no dejando á Cisneros que venga á servirme? Por vida de mi padre, que os he de matar.» Y tal vez lo hubiera ejecutado, á no haberse interpuesto oportunamente algunos grandes de España. Poco menos hizo con don Alonso de Córdoba, gentil-hombre de su cámara, y hermano del marqués de las Navas. Los criados de orden inferior era cosa de estar en continuo peligro con su irritabilidad, y esto y los desórdenes de otro género á que se entregaba hacian dudar mucho de que hubiera quedado sana su parte intelectual, y que fuese hábil para regir un dia el reino en que estaba llamado á suceder (2).

En 1565, instigado por dos adaladores gentiles-hombres de su cámara que le proporcionaban cincuenta mil escudos y algunos vestidos para disfrazarse, intent6 huir á Flandes, so pretexto de ir al socorro de Malta, á fin de librarse de la presencia de su padre. Para aparentar que iba autorizado por el rey, quiso llevar consigo al príncipe de Eboli, y le comunic6 su proyecto. El de Eboli le disuadi6 muy ingeniosamente de su designio, é inform6 de ello al rey, que desde entonces vigil6 mas los pasos, ó como se decia entonces, los andamientos de su hijo (3). Dábale tambien muy prudentes consejos su antiguo maestro el obispo de Osma, don Honorato Juan (4), pero el príncipe seguia obrando como si tales advertencias no se le hiciesen.

Insistiendo en su idea de ir á Flandes, dej6se arrebatado de su humor colérico cuando supo que su padre habia nombrado al duque de Alba general en jefe del ejército destinado á los Países Bajos (1567). Al ir el de Alba á besar la mano á S. A. para despedirse, díjole el príncipe que aquel empleo le correspondia á él como heredero del trono. Respondióle el duque, que sin duda S. M. no queria exponer á su hijo y sucesor á los peligros que allá podia correr en medio de una sangrienta guerra civil. Léjos de aquietarse don Carlos con esta respuesta, sac6 el puñal y se abalanz6 al duque diciendo: «Antes os atravesaré el corazon que consentir en que hayais de ir á Flandes.» El de Alba para libertarse del golpe, tuvo que abrazarse estrechamente al frenético príncipe á fin de dejarle sin accion, como lo consigui6, á pesar de la diferencia de edades, por lo menos hasta dar lugar á que al ruido acudieran los gentiles-hombres de la cámara que los desasieron. De este funesto caso se di6 conocimiento al rey, que cada dia se convenia mas del carácter desatentado de su hijo, y cada dia era con esto mayor el desacuerdo, y casi pudiera ya llamarse antipatia reciproca entre el hijo y el padre (5).

Viendo por otra parte don Carlos lo mucho que se diferia su proyectado matrimonio con la princesa Ana su prima, atribuyéndolo á mala intencion del rey y á malquerer del presidente Espinosa, concibi6 tambien el designio de ir á Alemania sin licencia ni conocimiento de su padre. Pero poco cauto y previsor en la preparacion de los medios para ejecutar su plan, como joven arrebatado y de no cabal seso, no discurrió que escribiendo á todos los grandes y títulos para que le ayudaran en una empresa que meditaba, y enviando á su gentil-hombre Garcé Alvarez Osorio primeramente á Castilla y despues á Andalucía á recoger todo el dinero que pudiese, daba á su proyecto una publicidad que le habia de comprometer, como aconteció. Los unos le contestaban que le ayudarian, «siempre que no fuese contra el rey su padre;» prueba clara de que, aun no revelando el objeto de la empresa, por eso mismo se hacia ya sospechosa, y mas siendo ya sabidas las malas inteligencias entre el padre y el hijo; y otros, como el almirante de Castilla, denunciaron las cartas al rey para que averiguara lo que sobre el negocio hubiese. Tuvo tambien el príncipe la candidez de creer que su tio don Juan de Austria le habia de favorecer en su propósito, y le declaró su intento haciéndole

(2) Vander Hammen en su Felipe el Prudente, y Cabrera en la Historia de Felipe II, los cuales refieren otros rasgos de irascibilidad, todavia mas escandalosos que estos.

(3) Cabrera, lib. VI, cap. 28.

(4) Varias de sus cartas publicó el flamenco Kirker en su *Principis christiani Archetypum politicum*.

(5) Cabrera, lib. VII, cap. 13.